

Tsang Ñon Heruka

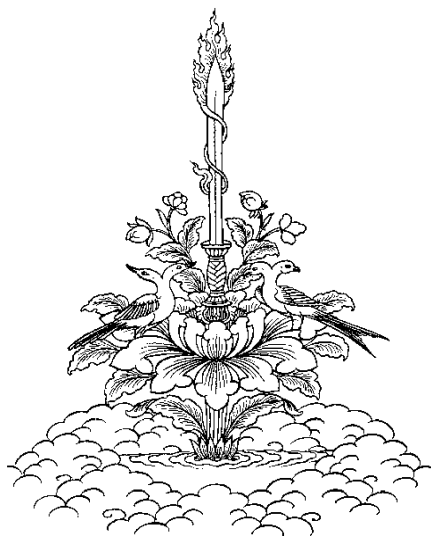
La vida de Milarepa

El gran yogui del Tíbet

Traducción del

tibetano de

Francesc Navarro i Fàbrega



resultados de magia en catorce días. Siete días fueron suficientes para provocar granizos. Pero ahora me encuentro con una manera de alcanzar la perfección espiritual que es más fácil que provocar granizados y muertes por medio de los conjuros. Si practico esta enseñanza durante la noche, me purifico esa noche y, si la practico durante el día, me purifico ese mismo día. Gracias a este encuentro, soy como uno de esos grandes seres afortunados que sólo tenían que escuchar una enseñanza y no tenían necesidad ni de practicarla».

Con un aire triunfante, y sin meditar, me pasé el día durmiendo. Así pues, puse por un lado la práctica y por el otro la condición humana. Después de unos días el maestro vino y me dijo:

—La primera vez que me ofreciste tus respetos me dijiste que habías sido un gran malhechor.

Esto es cierto. Orgulloso de mi enseñanza, te la he explicado demasiado pronto, pero no soy capaz de guiarte a la liberación. Ve al monasterio del Valle de los Abedules, en el sur de la región de Lhodrak. Allí vive un maestro famoso llamado Marpa, discípulo personal del gran Naropa de la India. Él es un sabio de los nuevos linajes de enseñanzas esotéricas y es el rey de los traductores. Él es único en los tres mundos. Tú y él tenéis vínculos por acciones del pasado. Por eso tendrás que ir con él.

Al oír el nombre de Marpa el Traductor, una alegría profunda me llenó el corazón, todos los pelos de mi cuerpo vibraron y suspiré con una gran devoción. Reduje mis pensamientos a uno solo, cogí las provisiones que me hacían falta y un libro y, sin distraerme con ninguna otra cuestión, me repetí incansablemente: «¿Cuándo? ¿Cuándo me encontraré ante el maestro?»

La noche antes de mi llegada al Valle de los Abedules, Marpa vio al gran maestro Naropa en un sueño. Naropa lo

bendijo y le dio un diamante³⁸ ritual de cinco puntas hecho con lapislázuli un poco oscurecido y un vaso dorado lleno de néctar, diciendo: «Con el agua de este vaso limpia la suciedad de este diamante ritual y ponlo en la parte superior de la bandera de la victoria. Esto complacerá a los budas del pasado, hará felices a todos los seres y satisfará tus deseos y los de los demás». A continuación, Naropa desapareció.

Marpa siguió las instrucciones de su maestro: limpió el diamante ritual con el agua del vaso y lo colocó en lo alto de la bandera de la victoria. La luz brillante de aquel diamante iluminaba todo el universo. Los seres de los seis mundos quedaron boquiabiertos con esa luz y, liberados de toda angustia, sintieron una gran alegría. Todos se postraban y hacían reverencias a Marpa y a su bandera de la victoria, que había sido bendecida por todos los budas del pasado.

Marpa se despertó un poco sorprendido por aquel sueño, lleno de alegría y amor. Su mujer le sirvió la bebida caliente de la mañana y le dijo:

—Maestro, esta noche pasada he tenido un sueño. Dos chicas que decían venir del norte de Uddiyana portaban una *estupa* de cristal. La *estupa* tenía algunas impurezas en la superficie y me dijeron: «Naropa ordena que el maestro consagre esta *estupa* y la ponga en la cima de una montaña». Entonces, tú has dicho: «Aunque el maestro Naropa ya ha consagrado esta *estupa*, obedeceré su orden.» Y te has puesto a lavar la *estupa* con el agua lustral de un vaso de ceremonia para consagrarla y has ido a dejarla en la cima de la montaña. La *estupa* ha comenzado a irradiar rayos de luz, tan brillantes como el sol y la luna, y de cada rayo se proyectaban numerosas réplicas de la *estupa* que tocaban las cimas de todas las montañas. Las chicas custodiaban todas estas réplicas de la *estupa*. Éste ha sido mi sueño. ¿Cuál es su significado?

³⁸ Tib.: rdo rje; sánscr.: vajra.

Marpa pensó: «Estos sueños tienen mucho en común». Y su corazón se llenó de un gran regocijo, pero sólo contestó:

—Como los sueños no tienen raíz, no conozco el significado. Voy a labrar el campo junto al camino; prepárame lo que necesito.

La mujer le dijo:

—Ésta es una tarea para los campesinos. Si tú, un maestro tan importante, haces este tipo de trabajo, todo el mundo se reirá. Te ruego que no lo hagas.

El maestro no la escuchó y dijo:

—Tráeme mucha cerveza. —Y tomando la jarra añadió—: Esta cerveza me la beberé yo, trae más para un invitado.

Cogió otra jarra y salió de su casa. Al llegar al campo medio enterró una de las jarras y la cubrió con el sombrero. Mientras labraba vigilaba el camino. Se bebió la otra jarra y esperó.

Mientras tanto, yo iba de camino. Desde la parte baja de Lhodrak empecé a preguntar a todo el mundo que me encontraba si sabían dónde vivía el Gran Traductor Marpa, pero nadie lo conocía. Al llegar al paso de montaña desde donde se podía ver el templo del Valle de los Abedules, volví a preguntarle a un hombre que pasaba por allí y me dijo:

—Ciertamente hay un hombre llamado Marpa, pero no hay nadie que se llame Gran Traductor Marpa.

Entonces le pregunté:

—Así pues, ¿dónde está el Valle de los Abedules?

El hombre lo señaló.

—¿Quién vive allí? —Pregunté.

—Allí vive un tal Marpa.

—¿Y no tiene otro nombre?

—Algunos lo llaman maestro Marpa.

—Entonces, debe ser allí donde vive el Maestro. Y este paso de montaña, ¿cómo se llama?

—Se llama Cumbre de la Verdad.

Seguí caminando y haciendo preguntas a los pastores, y los más ancianos decían que no sabían nada. Entre ellos había un niño con una cara muy dulce, que iba con un cabello bien arreglado y un vestido de muy buena calidad. Hablaba muy bien y me dijo:

—¿Hablas de mi padre? Si es así, compró oro con lo que sacó de nuestros bienes y se lo llevó a la India, de donde volvió con muchos libros con piedras preciosas engastadas en ellos. Normalmente no trabaja, pero hoy está labrando el campo.

Y pensé: «Según lo que me dice, debe ser el maestro. Pero, ¿un gran traductor labraría su campo?»

Al borde del camino, había un monje alto y corpulento, con unos ojos grandes y un aspecto terrible. Al verlo, una alegría inconcebible y un regocijo profundo se apoderaron de mí. Por un momento, me quedé quieto, estaba aturdido por lo que veían mis ojos. Entonces, le dije:

—Maestro, he oído que Marpa, erudito y gran traductor, discípulo personal del glorioso Naropa, reside en esta región. ¿Dónde está su casa?

Me miró de arriba abajo y me dijo:

—¿Quién eres tú?

—Soy un gran malhechor y vengo del Alto Tsang. Marpa tiene tan buena reputación que he venido a pedirle enseñanzas —le contesté.

—Muy bien, prepararé un encuentro entre tú y Marpa. Mientras tanto, labra el campo.

Cogió la jarra de cerveza que había enterrado bajo su sombrero y me la dio.

—Esta cerveza es refrescante y muy buena. Trabaja duro —y después de decir esto se fue.

Me bebí la cerveza y me puse a trabajar duro. Al cabo de un rato, el niño con el que había hablado antes me vino a buscar. Para mi gozo, me dijo:

—Ven a casa y sirve al maestro.

Como lo vi impaciente por presentarme al maestro, contesté ansiosamente:

—Acabo el trabajo de inmediato.

Y acabé de labrar el trozo que me quedaba. Como aquel campo fue el escenario de mi primer encuentro con el maestro, lo llamé Campo de la Oportunidad. En verano, el camino pasaba cerca del campo, pero, en invierno, se pasaba directamente por encima de él.

Acompañado por el jovencito fui a casa del maestro. El mismo monje que había encontrado un poco antes estaba sentado encima de dos almohadas cuadradas sobre una alfombra y en la espalda tenía otro cojín. Estaba comiendo y, a pesar de que se había limpiado la cara, las cejas, los agujeros de la nariz, el bigote y la barba, todavía estaban cubiertos de polvo. Me postré a sus pies:

—Precioso maestro, soy un gran malhechor de Ñima Lató. Le ofrezco mi cuerpo, mi habla y mi mente. Le pido alimentos, ropa y enseñanzas. Por favor, enséñeme el camino que conduce a la iluminación en esta misma vida.

El maestro replicó:

—No quiero oírte delirar por tus actos perversos, yo no te los he hecho cometer. ¿Qué actos has cometido?

Cuando le expliqué detalladamente todos mis crímenes, me dijo:

—Así que has hecho todo esto. A pesar de que me ofrezcas el cuerpo, el habla y la mente, yo no te daré comida, ni ropa, ni enseñanzas. Si quieres comida y ropa, tendrás que buscar las enseñanzas en otro lugar. Y si quieres que te dé enseñanzas, tendrás que buscar la ropa y la comida en otro lugar. Tú escoges. Pero si escoges las enseñanzas, que llegues o no a la iluminación dependerá exclusivamente de tus esfuerzos.

—Bueno, como he venido a verlo por las enseñanzas, iré a otro lugar a buscar la comida y la ropa —contesté.

Entonces, coloqué mi libro en su templo y él gritó furioso:
—Saca de aquí este libro asqueroso, ¡que contaminará los objetos sagrados y el templo!

Pensé: «Me responde de esta manera porque este libro contiene magia negra». Y con cuidado, lo retiré.

Me quedé más días con Marpa, y su esposa me alimentó bien.

Así habló Milarepa. Así fue cómo encontró al maestro. Éste es el primer capítulo, que describe sus buenas acciones.



CAPÍTULO SEGUNDO

La purificación completa de todos los actos negativos y los oscurecimientos

Mendigando por todo el valle conseguí reunir unos cuarenta kilos de cebada. Con veintidós kilos compré una olla muy lisa con cuatro asas, sin ninguna grieta. Con un kilo y medio de cebada compré carne y cerveza. El resto de la cebada la metí en un saco, puse la olla encima y volví a casa del Maestro.

Agotado, solté la pesada carga, y toda la habitación tembló. El maestro, que estaba comiendo, se asustó tanto que gritó: —¡Hombrecito! ¡Eres demasiado enérgico! Con tu magia, ¿también quieres enterrarnos bajo los escombros de la casa? Eres muy inoportuno. ¡Saca tu cebada de aquí!

El maestro pateó el saco de cebada. Lo cogí y mientras arrastraba el saco hacia fuera, iba pensando sin malicia: «¡Este maestro es irritable! Tendré que vigilar lo que hago y cómo lo sirvo». Al volver, me postré ante el maestro y le ofrecí mi olla vacía. La cogió y la miró un rato pensativo. Derramando lágrimas, dijo:

—Tu regalo es propicio. Lo ofreceré al gran maestro Naro.

Y Marpa elevó la olla en señal de ofrecimiento.

El maestro sacudió las asas de la olla para comprobar su sonido y la llenó de mantequilla líquida de las lámparas del altar. Yo estaba muy contento, y sólo tenía ganas de practicar las enseñanzas. Una vez más, le pedí que me enseñara y me contestó: